

**LA ESCRITURA NECESARIA: EL USO DE LA CORRESPONDENCIA
EN LAS MEMORIAS Y AUTOBIOGRAFÍAS DE LOS EXILIADOS
ESPAÑOLES**

Guadalupe Adámez Castro*

Universidad de Alcalá, Grupo LEA, SIECE

Al fin me decido a iniciar este diario, después de algo más de dos meses de estancia en este arenoso confinamiento de Argelès-sur-Mer. Mi padre, al que tantos estímulos le debo, me ha estado insistiendo con generosa machaconería para que lo hiciera [...]. El tiempo sobra para la tarea. Pero me he resistido a ella, dominado por el triste recuerdo del diario que quemé, con otros papeles, en la huida de Santander, el 24 de agosto de 1937¹.

Historias comunes, memorias extraordinarias

He querido comenzar esta comunicación con las primeras palabras que anotó en su diario Eulalio Ferrer, un protagonista más del exilio español. Pasó la frontera el 5 de febrero de 1939 desde Port-Bou y fue recluido en el campo de internamiento de Saint-Cyprien junto a su padre. Empezó, entonces, su periplo por los campos franceses: a Saint-Cyprien le seguirían Argelès, Barcarès y una Compañía de Trabajadores durante la II Guerra Mundial, siempre acompañado por sus libretas y sus papeles que guardaba como su más preciado tesoro. Fue en esos momentos de crisis personal cuando Eulalio

* Becaria FPU del Ministerio de Educación. Este trabajo se enmarca dentro de los proyectos de investigación: *Cinco siglos de cartas. Escritura privada y comunicación epistolar en España en la Edad Moderna y Contemporánea* (HAR2008-00874/HIST) y *Cultura escrita y memoria popular: Tipologías, funciones y políticas de conservación (siglos XVI a XX)* (HAR2011-25944), ambos concedidos por el Ministerio de Ciencia e Innovación. Desde aquí quiero agradecer al profesor Antonio Castillo Gómez la corrección y revisión de estas páginas sin las cuales el resultado no hubiera sido el mismo.

¹ FERRER, E.: *Entre alambradas*, Barcelona, Grijalbo, 1988, p. 23.

decidió poner por escrito su acontecer diario, de esta forma no sólo describía su historia personal sino que también reflexionaba sobre su existencia, se preguntaba sobre su destino y se aseguraba de que años más tarde, a pesar de que su memoria le jugara malas pasadas, siempre recordaría aquellos meses de su vida que le marcaron para siempre. Gracias a este afán de conservar su testimonio, cual archivo andante, hoy podemos disfrutar de la lectura de sus páginas, que recogen sus vivencias, narradas en primera persona, desde abril a diciembre de 1939, cuando el autor tan sólo tenía 18 años y le tocó vivir la época más difícil de su vida, privado de libertad, rodeado de pobreza y miseria, hambriento y sin más esperanza que la de sobrevivir.

Como él fueron muchos los ciudadanos de a pie que salieron de sus hogares al final de la contienda española para huir hacía un lugar mejor, un lugar que les ofreciese una paz y una libertad de la que carecían desde la sublevación militar del general Franco contra el gobierno republicano, el 18 de julio de 1936. Igual que Eulalio muchos decidieron poner por escrito sus experiencias en pequeños cuadernos de papel o simples hojas sueltas que sirvieron como desahogo y consuelo de sus autores.

En definitiva, un mundo de escritura que formó parte del quehacer cotidiano de los exiliados españoles y que normalmente ha pasado desapercibido para la historiografía española más centrada en el análisis de las memorias de los grandes combatientes o los protagonistas políticos de este episodio histórico². Pero la escritura no sólo estuvo presente en estos diarios, sino que desde el primer día de exilio miles de españoles escribieron cartas para comunicarse con sus familiares, para pedir ayuda, para

² El estudio del exilio español desde el punto de vista social ha sido poco tratado por la historiografía española. Entre las principales excepciones citamos los trabajos de Alicia Alted Vigil y Pilar Domínguez Prats, entre otros. Véase ALTED VIGIL, A.: *La voz de los vencidos. El exilio republicano de 1939*, Madrid, Aguilar, 2005; DOMÍNGUEZ PRATS, P.: *De ciudadanas a exiliadas. Un estudio sobre las republicanistas españolas en México*, Madrid, Cinca, 2009.

buscar a sus seres queridos, etc³. A este respecto, los diarios y memorias de los exiliados españoles constituyen una privilegiada fuente de información tanto por las muchas referencias que conceden a la correspondencia como porque las mismas nos sirven para aproximarnos al valor que se dio a dicha forma de escritura en una situación de tanto desarraigo y dramatismo como podía serlo el tiempo pasado en un campo de concentración.

Para ello hemos analizado aproximadamente unas cincuenta memorias, inéditas y publicadas, de los llamados «refugiados del común»⁴. Somos conscientes de que esta comunicación supone tan sólo una primera aproximación al tema y de que son muchas más las autobiografías y memorias existentes, que esperamos poder consultar para el desarrollo de otros trabajos. No obstante, creemos que el muestreo llevado a cabo es suficiente para ver cómo los exiliados españoles reflejaron en sus diarios personales la frecuencia con la que recibían cartas, lo que sus seres queridos les contaban en ellas, cómo se organizaba el correo en los campos, y cómo influía el recibo y envío de correspondencia en su vida diaria. Todo ello, nos indica, como veremos a continuación, la importancia de la escritura en momentos de crisis y el uso de la misma por todo aquel que se viera en disposición de coger un lápiz y un papel y sintiera la necesidad de canalizar así su angustia.

El éxodo español: los campos de refugiados en Francia

Las evacuaciones de los refugiados españoles a Francia comenzaron tras la caída de San Sebastián, en septiembre de 1936, en continuados goteos de población que iban

³ Tan sólo conozco un ejemplo de una correspondencia procedente de una familia común publicada. Es el caso de las cartas intercambiadas entre un padre, recluso en Argelès-Sur-Mer, y el resto de su familia, refugiada en Francia. SANZ MATEO, M. (edición de Anastasio Sanz Aramburu, Albán Sanz Díaz-Marta): *Francia no nos llamó. Cartas de un campesino aragonés a su familia en la tormenta de la guerra y del exilio (1939-1940)*, Vinaròs (Castellón), Antinea, 2006.

⁴ PLA BRUGAT, D.: «La presencia española en México, 1930-1990. Caracterización e historiografía», *Migraciones y exilios*, 2 (2001), p. 182.

y volvían del país vecino⁵. Pero fue, sin duda, la ocupación de Barcelona por el ejército franquista en enero de 1939 lo que produjo uno de los mayores éxodos que recuerda la historia de España. Fue, entonces, cuando los franceses vieron cómo casi medio millón de personas les pedían ayuda de una forma desesperada y dramática. Ante la confusión de los primeros momentos, el gobierno francés decidió cerrar la frontera los días 26 y 27 de enero de 1939. El 28 por la mañana se abrió, al menos para los civiles pues los militares tuvieron que esperar hasta el 5 de febrero. Una vez que pasaban la frontera se separaba a las familias: los hombres eran conducidos a campos de refugiados improvisados o reutilizados de la I Guerra Mundial; las mujeres, los niños y los ancianos eran evacuados a departamentos del interior y a centros de acogida⁶. Aunque como veremos más adelante y atestiguan algunas memorias, también hubo mujeres internadas en los campos de refugiados, sobre todo en los más importantes como Argelès-Sur-Mer.

Es en estos campos de internamiento dónde queremos fijar nuestro interés. Fueron muchos los que salpicaron la costa francesa y, con el paso de los meses, también el interior: Bram (Aude), Gurs (Bajos Pirineos), Agde (Hérault), Septfonds (cerca de Montauban, Tarn-et-Garonne); más los correspondientes de castigo: Rieucros (cerca de Mende, Lozère), Fort-Collioure (Collioure), entre otros; esto sin mencionar los campos de refugiados de las posesiones francesas del norte de África con una realidad mucho más cruda que los instalados en el territorio galo⁷. El número de españoles que pasó por ellos es difícil de cuantificar puesto que la improvisación y la desorganización fueron las características imperantes. No obstante, se han dado diferentes cifras. Geneviève

⁵ Para las fases del exilio español Véase RUBIO, J.: *La emigración de la Guerra Civil de 1936-1939. Vol. I*, Madrid, Editorial San Martín, 1977, pp. 35-88.

⁶ DREYFUS-ARMAND, G: *El exilio de los republicanos españoles en Francia. De la guerra civil a la muerte de Franco*, Barcelona, Editorial Crítica, 2000, pp. 45-54.

⁷ RAFANEAU-BOJ, M.C.: *Los campos de concentración de los refugiados españoles en Francia (1939-1945)*, Barcelona, Ediciones Omega, 1995, pp. 142-144.

Dreyfus-Armand aporta el dato que dio Jan Ybernégaray en la Cámara de los Diputados el 10 de marzo de 1939: 226.000 españoles internados repartidos en los campos de Argelès-Sur-Mer, Saint-Cyprien, Barcarès, Arles-sur-Tech y Prats-de-Molló⁸. Algo más elevada es la cifra manejada por la profesora Alicia Alted: 275.000 españoles internados a mediados de febrero de 1939⁹.

Las duras condiciones que imperaban en estos campos provocaron que en ellos hubiera un alto número de enfermos y heridos que no podían ser atendidos por los insuficientes medios sanitarios que ofrecían; además, la escasa comida y el agua insalubre (en muchas ocasiones depurada del mar) hicieron estragos en los cuerpos de los hombres españoles, maltrechos ya por la guerra. A esto hay que sumar las inclemencias meteorológicas, en mitad de un invierno especialmente frío y, en muchas ocasiones, sin un lugar en el que guarecerse de la lluvia o del viento, puesto que en la mayoría de los campos las barracas se fueron construyendo sobre la marcha por los propios exiliados. En lo que sí se puso un especial interés fue en la exhaustiva vigilancia con gendarmes tanto en el interior del campo como detrás de las alambradas o en los alrededores¹⁰.

Las condiciones de vida, que acabamos de describir brevemente, hacían de estos improvisados campos de refugiados lugares inhóspitos, casi inhumanos, en los que la preocupación mayor de los vencidos republicanos españoles era sobrevivir. A pesar de ello, pronto los refugiados comenzaron a organizarse y empezaron a entretenerse con actividades culturales: prepararon y asistieron a conferencias-debate, ofrecieron distintas clases a los internados, hicieron lecturas públicas de los diarios permitidos en

⁸ DREYFUS-ARMAND, G: *El exilio de los republicanos españoles en Francia...* op. cit., p. 59.

⁹ ALTED VIGIL, A.: *La voz de los vencidos...* op. cit., p. 70.

¹⁰ RAFANEAU-BOJ, M.C.: *Los campos de concentración...* op. cit., p. 132.

los campos, editaron sus propios boletines, crearon obras de teatro, etc. Así nació lo que ha sido denominado como la «cultura de las arenas»¹¹.

Entre estas actividades la que quizás estuvo más presente fue, sin lugar a dudas, la escritura, tanto de diarios o memorias personales como de cartas. La escritura se convirtió para estos hombres en una herramienta imprescindible para su vida cotidiana; y mucho más, puesto que gracias a ella consiguieron superar el complicado trance en el que estaban sumergidos, sirviéndoles a muchos como una terapia que les ayudaba en el día a día¹². Es en los momentos de crisis cuando se produce una tipología de escritura que nace de la necesidad del ser humano de dejar huella escrita de sus sentimientos, de sus miedos, de sus preocupaciones, de su alegría por poder escribir y recibir cartas o, simplemente, de su muerte anunciada. Así lo afirma el profesor Antonio Castillo Gómez en su análisis de la escritura en las cárceles franquistas: «(...) la escritura se conecta íntimamente a la vida por cuanto el prisionero vive en la medida que escribe y escribe en cuanto vive, aunque a veces no se tenga claro ni el destinatario del texto ni el porqué de haberlo escrito»¹³. Algo similar a esto debió suceder en los campos de internamiento franceses donde miles de españoles refugiados esperaban a que cambiara su suerte y ansiaban la libertad que habían ido a buscar a Francia y que nunca llegaba. La desesperada situación en la que estaban inmersos provocó que aumentara la necesidad

¹¹ *Ibid.*, p. 141. Geneviève Dreyfus-Armand y Émile Temime afirman que la preocupación que los refugiados mostraron por la cultura y la política en los campos fue lo que les permitió recuperar su dignidad. Cfr. DREYFUS-ARMAND G. y TEMIME, E.: *Les Camps sur la plage, un exil espagnol*, París, Éditions Autrement, 1995, pp. 103 y ss. Para más información remito a CRUZ OROZCO, J.: «Los barracones de cultura. Noticias sobre las actividades educativas de los exiliados españoles en los campos de refugiados», *Clio*, 26 (2002). Versión online: <http://clio.rediris.es/exilio/BarraconesdeCultura.htm>, consultada el 15 de junio de 2011.

¹² El recurso a la escritura en momentos de crisis como forma de terapia también se aplicó a niños y adolescentes durante los conflictos bélicos del siglo XX. Para más información véase SIERRA BLAS, V.: *Palabras huérfanas. Los niños y la Guerra Civil*, Madrid: Taurus, 2009, pp. 95-123.

¹³ CASTILLO GÓMEZ, A.: «Escribir para no morir. La escritura en las cárceles franquistas» en: CASTILLO GÓMEZ, A. y MONTERO, F. (dirs.): *Franquismo y memoria popular. Escritura, voces y representaciones*, Madrid, Siete Mares, 2003, p. 21.

de lo escrito, no sólo para mandar y recibir cartas de sus familiares, sino también para escribirse a sí mismos¹⁴.

La correspondencia en las autobiografías de los refugiados

Tal y como hemos adelantando, el exilio español fue un fenómeno histórico que impulsó a los refugiados a expresarse y dejar constancia escrita de su experiencia vital. Gracias a este periodo histórico se enriqueció notablemente la tradición autobiográfica española¹⁵, y a ello no sólo contribuyeron grandes figuras literarias o intelectuales sino también la gente de a pie.

En estas autobiografías y memorias se recogen muchas experiencias vividas por los exiliados españoles recluidos en campos de internamiento franceses. En ellas, los refugiados contaron qué era lo más relevante de esos meses, qué situaciones les marcaron de una forma especial, qué resultaba lo más traumático, etc. La mayoría recogieron en las memorias de su cautiverio todo aquello que estaba relacionado con el envío y el recibo de correspondencia, dejando así constancia de la importancia que tenía la misma para la vida cotidiana de los exiliados españoles y mostrando hasta qué punto la carta se convirtió en el escudo de salvación tras el que se protegieron miles de refugiados desamparados y olvidados, sin más arma que la de su palabra.

De este modo, son muchas las memorias que recogen el momento del envío de la primera carta a España. Algunos ni siquiera esperaron estar en el campo o en los refugios para hacerlo y escribieron su primera carta como exiliado nada más pasar la frontera francesa, justo cuando tomaban conciencia de su nueva situación. En estas primeras letras se narraban los primeros días de su éxodo: el viaje, la frontera, el choque

¹⁴ PETRUCCI, A.: *Scrivere lettere. Una storia plurimillenaria*, Roma-Bari, Laterza, 2009, p. 148.

¹⁵ CEDENA GALLARDO, E.: «Exilio y vida: los Diarios de Zenobi», en FERNÁNDEZ, C. y HERMOSILLA, M.A. (eds.): *Autobiografías en España, un balance. Actas del Congreso Internacional celebrado en la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba del 25 de octubre de 2001*, Madrid, Visor Libros, 2004, p. 343.

con los gendarmes franceses; la escritura de las mismas les hizo tomar contacto con la realidad en la que estaban sumergidos. En ellas no sólo relataban las peripecias del viaje sino que también comenzaban a organizar su nueva vida siendo conscientes de las dificultades de la misma.

Tal y como, lo observamos en las memorias de Álvaro de Orriols, poeta y dramaturgo durante la II República española y la Guerra Civil, su exilio le supuso una ruptura con su creación literaria puesto que tuvo que desempeñar otros trabajos que le permitieran sobrevivir¹⁶. Él reflejó en su diario los avatares de los primeros días de su exilio, justo los que coincidieron con su salida de Barcelona hasta la llegada a un refugio francés en el que se pudo reunir con su familia. Al pasar la frontera francesa, Álvaro decidió escribir a un primo que tenía en Bayona para que éste le ayudara y le sirviera como enlace postal con el resto de la familia dispersa por Francia:

En mi cartera llevo papel y sobres, y conservo mi pluma estilográfica. No necesito más. Sentado en la cuneta y poniendo mi maleta por pupitre, sin dilación doy principio a la carta. En pocas líneas le cuento al primo José nuestra aventura: la huida del hogar con la familia, los incidentes del viaje, nuestra disgregación, mi entrada en Francia con Manola a través del Pertús, nuestra marcha actual por los caminos en ruta hacía Argelès (...) Por lo que pueda ser, le pido que nos gire a la estafeta de correos de Perpignan trescientos francos, y termino pidiéndole noticias de los nuestros sí, como lo esperamos le han escrito¹⁷.

En este breve fragmento observamos cómo una de las primeras necesidades ante la que se encontraron los refugiados era la de conseguir una ayuda que les permitiera

¹⁶ Sobre la vida y la obra de Álvaro de Orriols remitimos a la semblanza del personaje que realizó su propia hija: DE ORRIOLS, M: «Biografía de mi padre Álvaro de Orriols», *Migraciones y Exilios*, 2 (2001), pp. 191-204.

¹⁷ DE ORRIOLS, A.: *Las hogueras del Pertús. Diario de la evacuación de Cataluña*, Moret, Ediciós do Castro, 2008, pp. 170-171.

mantener una comunicación estable con sus familiares. Álvaro, sin lugar a dudas, era afortunado puesto que gracias a su primo le iba a ser más sencillo cartearse con los suyos, ya que podía utilizar la dirección del mismo como punto de referencia para todas sus cartas. También se muestra la importancia de poseer las herramientas necesarias para la escritura y el envío de misivas, algo que, como veremos, no siempre fue fácil de conseguir, siendo éste uno de los mayores problemas y preocupaciones de los refugiados tanto de los que se encontraban en los campos como los que estaban dispersos por la geografía francesa y no disponían del dinero necesario para franquear sus envíos. Una posible solución a este problema eran los sellos que repartieron las autoridades francesas en los campos durante los primeros meses, según relata, por ejemplo, Daniel Pinós que lo recoge en las memorias que escribió de su padre, Eusebio, y de su madre, Asunción:

Las autoridades francesas repartían sellos de correos en los primeros tiempos del exilio entre los refugiados españoles para que, al menos, pudiesen cartearse con sus familiares. Así fue como mi madre volvió, con intensa alegría, a seguir los pasos de su compañero. Desde aquel día, mi padre adoptó la buena costumbre de relatar por carta a mi madre todo lo que hacía y lo que ocurría en el campo de Argelès, con sus angustias y esperanzas¹⁸.

La utilidad que tenían estos sellos no fue la misma para todos, es decir, no todos los refugiados mantenían una correspondencia fluida con sus amigos o familiares, pues muchos habían muerto durante la guerra o estaban desaparecidos y tardaron años en encontrarlos. Por ello, hubo refugiados que usaron estos sellos como moneda de

¹⁸ PINÓS BARRIERAS, D.: *Ni el árbol ni la piedra. Los combates de la libertad entre los desgarros del exilio. La odisea de una familia libertaria española*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2005, p. 82.

cambio, los vendían o los cambiaban por otros objetos en el amplio mercado negro que existía en algunos de estos campos:

Se acaba de proceder al reparto general de sellos con una letra F impresa. Eso quiere decir que dispondremos de franqueo postal, limitado en cualquier caso a dos envíos al mes. El instinto comercial de algunos transforma enseguida esos sellos en monedas de cambio: un sello, diez cigarrillos¹⁹.

De esta forma, sellos, sobres, plumas, papeles, etc., se convirtieron en los objetos más preciados dentro de los campos siendo así los preferidos en el mercado negro. Por ejemplo, en Saint-Cyprien existió lo que muchos refugiados denominaron como el «barrio chino» en alusión al conocido barrio barcelonés. Así lo recordaba Manuel Andújar quién estuvo en Saint-Cyprien de marzo a abril de 1939:

Los artículos del mercado se clasifican en habituales y de circunstancias, al igual que los ocasionales traficantes. Entre los primeros, un muestrario riquísimo de cuadernos, papel de cartas, sobres, plumas, tinta, lápices, sellos, encendedores de yesca, cigarrillos...²⁰.

Vemos como el autor menciona los objetos necesarios para escribir una carta como los habituales de estos improvisados mercados, lo que nos hace pensar que éstos eran los más demandados por los habitantes del campo, ya que de su posesión o no dependía su contacto con el mundo exterior. La correspondencia era la ventana a través

¹⁹ MONTAGUT, L.: *Yo fui soldado de la República, 1936-1945*, Barcelona, Inédita Editores, 2004, p. 138.

²⁰ ANDÚJAR, M.: *St. Cyprien., Plage... Campo de concentración*, Huelva, El fantasma de la glorieta, 1990, pp. 73-74.

de la cuál se asomaban al mundo que les rodeaba, de ahí que fuera tan importante disponer de los medios precisos para hacer uso de la misma.

Esta dependencia del intercambio epistolar provocó que la organización del correo en los campos de refugiados se hiciera de forma rápida. Jesús García Sánchez, en uno de los pocos artículos que tratan sobre el tema de la correspondencia de los españoles en Francia durante el periodo que nos ocupa, afirma que en abril de 1939 había ya en todos los campos importantes un servicio de correo y de reparto de cartas. Además, mantiene que todos los días llegaban entre 2.000 y 10.000 envíos (dependiendo del lugar y de la época), lo que daba una media de una carta recibida cada 3 o 4 días²¹.

Por lo que podemos extraer de las memorias consultadas, el correo dentro del campo estaba organizado por los propios exiliados. Muchas veces los encargados del mismo eran empleados de correos refugiados²². En algunos campos había una barraca especial, que funcionaba como oficina o estafeta, en la que se almacenaban las cartas y los paquetes para su posterior reparto o envío (Ilustración 1). Cada barraca contaba con un responsable que cada día iba a recoger el correo a la estafeta del campo y lo distribuía entre los internados²³. Remedios Oliva Berenguer en sus memorias refleja el funcionamiento del correo mientras que duró su estancia en Argelès-Sur-Mer; testimonio que, por otro lado, sirve para atestiguar la presencia de mujeres en los campos de refugiados:

²¹ GARCÍA SÁNCHEZ, J.: «La correspondencia de los españoles en Francia (1936-1946)», en CUESTA, J. y BERMEJO, B. (coords.): *Emigración y exilio. Españoles en Francia, 1936-1946*, Madrid, Eudema, 1996, pp. 333-334.

²² BORDES MUÑOZ, J.C.: *El servicio de Correos durante el régimen franquista (1939-1975). Depuración de funcionarios y reorganización de los servicios postales*, Madrid, Cinca, 2009, p. 183.

²³ MÍNGUEZ ANAYA, A.B.: *Campo de Agde*, Madrid, Memoria Viva. Asociación para el estudio de la deportación y del exilio español, 2006, pp. 43-44.

El correo llegaba a una barraca donde fijaban carteles con los nombres; así tuvimos noticias de mis cuñadas Carmen y Enriqueta, quienes estaban refugiadas en Troyes con sus hijos²⁴.

Lo que sí se arregló poco a poco fue el correo; las barracas llevaban números y nosotros estábamos bajo control. Alguien hacía de cartero, el correo que recibíamos de familiares o amigos era esencial, nos permitía tener paciencia²⁵.

Según pasaban los meses, el correo en los campos se fue racionalizando cada vez más. Como refleja Remedios en su testimonio, las barracas se numeraron y cada refugiado poseía una dirección a la que le podían dirigir sus cartas. Incluso hubo campos que tuvieron su propio matasellos como Argelès-sur-Mer, Barcarès, Saint-Cyprien o Rivesaltes²⁶.

Las instituciones de ayuda también favorecieron el intercambio epistolar. En ocasiones la Cruz Roja Internacional facilitaba los envíos, sobre todo a los familiares solicitando cartas de aval o de recomendación que permitieran a los refugiados volver a España sin ser represaliados²⁷.

²⁴ OLIVA BERENGUER, R.: *Éxodo. Del campo de Argelès a la maternidad de Elne*, Barcelona, Viena ediciones, 2007, p. 45.

²⁵ *Ibidem*, p. 54.

²⁶ GARCÍA SÁNCHEZ, J.: «La correspondencia de...», *op.cit.*, p. 334.

²⁷ BORDES MUÑOZ, J.C.: *El servicio de Correos... op. cit.*, p. 183



Ilustración 1

Puesto de correos del campo de Agde (foto de Josep Vilamosa-Biblioteca Valenciana), extraída de: Adrián Blas Mínguez Anaya: *Campo de Agde*, Madrid: Memoria Viva, 2006, p. 100.

Como dijimos al principio, al llegar a Francia la mayor parte de las familias eran separadas, generalmente los hombres eran conducidos a los campos de internamiento y las mujeres, los niños y los ancianos eran llevados a refugios del interior. Estas separaciones fueron muy dolorosas y traumáticas para las familias que ya llevaban tras de sí una historia marcada por las rupturas y las tragedias propias de una guerra civil. Desde el inicio hubo un interés claro, tanto por parte de las mujeres de los refugios, como por los hombres de los campos, de establecer contacto con sus seres queridos y de esta forma poder hacer planes conjuntos. En la mayoría de las memorias consultadas se presta especial atención a este aspecto, el de reconstituir la unidad familiar aunque sólo fuera a través del intercambio epistolar, en muchas ocasiones este contacto sirvió para hacer presente al familiar ausente, incluso para reforzar la autoridad del padre que seguía siendo fundamental para la toma de decisiones que afectarían a la familia aunque no se encontrara junto a ellos. Si antes mostrábamos la importancia de la primera carta

que escribían como exiliados no es menos relevante el momento en el que recibían la primera carta de España o de algún familiar exiliado o inmigrante en Francia, este episodio aparece en la mayor parte de los testimonios, en él los refugiados hablan de cómo esperaban con ansiedad la llegada de alguna misiva que les trajera noticias de sus seres queridos, de cómo el recibo de correspondencia era vivido con alegría y jolgorio mientras que la ausencia de la misma se entendía como un signo de que algo iba mal y enseguida cundía el desánimo y la tristeza. Ramón Moral i Querol, exiliado catalán internado en Saint-Cyprien y en Sant-Cebrià, recogió el 28 de abril de 1939 en su diario la emoción con que recibió su primera carta con noticias de España:

28 d'abril de 1939: Primera carta d'Espanya: Devien ser les 10 del matí aproximadament quan en Zúñiga, corrent com un esvalorat i amb una carta a la mà, entra a la sala i crida: *Ramón! Lletra per a tu!* Jo no creia la realitat. Després de tants dies esperant i veient com els altres tenien la joia de tenir carta d'Espanya, començava a trobar-me en una situació d'isolament que em feia molt mal. Carta d'Espanya. La meva emoció era tan gran que, els ulls plens de llàgrimes, vais donar la carta al doctor Huguet, el qual, tan emocionant com jo mateix, va dir-me: *Dóna, ja te l'obriré, i calma't.* Jo plorava d'alegria i deia: *La lletra és del meu germà. És Pepet que m'escriu!*²⁸.

Esta alegría no siempre era fácil de alcanzar puesto que averiguar el paradero de los familiares, tanto de los que estaban en campos como de los que se encontraban en refugios, no era una tarea sencilla. El descontrol producido por el éxodo masivo y la falta de listas completas con los nombres y apellidos de los internados durante los primeros meses hizo que fuera casi imposible saber en qué campo estaban los conocidos

²⁸ MORAL I QUEROL, R.: *Diari d'un exiliat. Fets viscuts. (1936-1945)*, Barcelona, Publicaciones de l'Abadia de Montserrat, 1979, p. 38.

o cómo debían escribirles para que las noticias les llegaran correctamente. El boca a boca fue una de las fórmulas utilizadas para conocer el paradero de los familiares. Así, las mujeres que tenían contactos con sus maridos recluidos les preguntaban por los maridos o hijos de otras mujeres que se encontraban junto a ellas en los refugios. Poco a poco se fueron estableciendo redes de información y de ayuda entre los exiliados que sirvieron como una fuente de comunicación imprescindible que se nutría de la solidaridad y el compañerismo existente entre aquéllos que se sentían partícipes de un destino común injusto.

Otra forma de conocer dónde se encontraban padres, hermanos y amigos era a través de los anuncios que la prensa francesa publicaba en sus periódicos. En ellos los refugiados escribían su nombre completo, la dirección de su campo y el número de barracón. Estos anuncios después eran colgados en los tablones de los refugios y así las mujeres podían saber dónde debían escribir. Un testimonio al respecto es el que recoge en sus memorias una joven maestra que pasó los primeros meses de su exilio refugiada en el *Splendid Hotel* de Wimereux (Pas-de-Calais). Desde allí volvió a España, en parte por las coacciones y presiones que ejercieron sobre su familia para que regresara, aunque años más tarde consiguió emigrar a México y comenzar una nueva vida allí. Por su formación fue la responsable de crear una pequeña escuela para los niños del refugio y también se encargaba de la correspondencia de los que no sabían leer ni escribir o lo hacían con mucha dificultad. Cuando en su refugio colgaron las hojas del periódico en las que figuraban los nombres de los varones que buscaban a sus familiares, uno de los muchachos a los que ella daba clase, Jordi, encontró el nombre de su padre al que creía fallecido. Rápidamente la noticia voló por todo el refugio y las mujeres le pedían al niño que cuando escribiera a su padre le dijera el nombre de sus maridos para que él los buscara en el campo:

En la galería que precedía al comedor el intérprete y otros hombres estaban pegando sobre las paredes unas hojas de periódico que llevaban unos anuncios, semejantes a los que publican muchos diarios con el título general de "anuncios por palabras". Me acerqué. Ya había un grupo de personas. Leí. Todo estaba en español, aunque el diario era francés. Y decía así: "Luis Pérez, del Campo de Argelès, busca el paradero de su esposa María Martínez", "José Peláez desea saber noticias de su madre Nicasia Méndez. Escriban a Sainty-Cyprien" (...)

El padre de Jordi se encontraba en el campo de concentración de Argelès. La complicada dirección indicaba en que chabola se guarecía, en que grupo, en qué cuartel (...). Las voces y las manos de los compatriotas se dirigían a Jordi como a un salvador. - Calma, calma -suplicó el acosado-. Voy a escribir a mi padre en seguida. Cada uno de vosotros que me anote en un papelito el nombre del pariente que desea buscar...²⁹.

La búsqueda de familiares desaparecidos se convirtió en una lucha que no se abandonaba hasta conseguir algún resultado. Muchos familiares de internados en los campos buscaron durante años a sus seres queridos, incluso desde España, una vez que regresaron. Esto fue lo que le sucedió a la familia de Maribel Bueno Mullor, natural de Barcelona, cuyo padre marchó al exilio tras la caída de la ciudad y estuvo internado en Argelès-Sur-Mer, dónde le perdieron la pista y nunca más volvieron a saber de él. No obstante, la familia nunca cejó en su empeño de encontrarle:

Algún tiempo después iniciaríamos la serie de inacabables pesquisas, tratando de localizar su paradero y averiguar los motivos por los cuales no trató jamás de ponerse en contacto con nosotros. La implacable censura funcionaba a la

²⁹ MARTIN, C. (Gabriel Paz): *Éxodo de los republicanos españoles*, México, Colección Málaga, 1972, p. 63.

perfección sobre cuanta correspondencia llegaba de Europa. Aún así, muchas familias recibieron regularmente noticias de alguno de sus exiliados³⁰.

Este último testimonio nos indica otro de los mayores problemas a los que tuvieron que hacer frente los refugiados para poder mantener estas redes epistolares: la censura. Ésta existió tanto dentro cómo fuera de los campos de internamiento y se ocupó de que ni el emisor ni los receptores pudieran expresarse libremente en sus escritos. La inmensa mayoría de las memorias consultadas hablan de este problema y nos muestran los cauces utilizados para eludirla, siendo el más eficaz conseguir sacar el correo del campo gracias a algún enlace con el exterior. Esto permitía a los refugiados expresarse con mayor naturalidad, sin los tachones ni las tintas que dificultaron la lectura de aquellos renglones que a ojos de los censores no debían ser leídos por sus destinatarios³¹. Otra forma, más generalizada, era avisar a los familiares de lo que les podía suceder si regresaban a España con un lenguaje cifrado que tan sólo podía entender el destinatario de la carta. De esta forma las misivas se convirtieron en verdaderos jeroglíficos que advertían de los peligros que corrían sus familiares si volvían a la península. Lluís Montagut, confinado durante meses en el campo de Barcarès, describe cómo descifraban en el campo estos mensajes camuflados que les llegaban, tanto a él como a otros compañeros, junto a las noticias de los familiares. Así cuenta como uno de sus amigos recibió una carta en la que su madre le advertía: «Si vienes, el tío Bastardo, te estará esperando en la estación». Su amigo no tenía ningún tío con ese nombre por lo que entendió que si volvía a España el notario de su pueblo,

³⁰ BUENO MULLOR, M.: *Ayer*, Memorias inéditas depositadas en el Arxiu de la Memòria Popular (La Roca del Vallés, Barcelona), p. 62.

³¹ Por ejemplo, Ramón Moral i Querol se entera del nacimiento de su hija gracias a una carta que su esposa le ha mandado desde España y que le llega al campo a través de un amigo francés: MORAL I QUEROL, R.: *Diari d'un exiliat...* op. cit., p. 41. Lluís Montagut relata como las primeras cartas que llegaron a los campos estaban barradas con un líquido amarillento que dificultaba su lectura. Véase MONTAGUT, L.: *Yo fui soldado de la República...* op. cit., p. 137.

apodado Bastardo y marcadamente reaccionario, podía delatarle. Otras cartas hablaban de trabajos o de mudanzas:

«Te han conseguido un contrato donde trabaja tu hermano». Por tanto, en el cementerio, puesto que su hermano hace años que está muerto y enterrado. En otra: «Tu cuñado se ha mudado; ahora vive en una pensión de la calle Entenza». Encarcelado, sin duda, porque es en esta calle en la que se encuentra la cárcel «Modelo». Un hombre de cierta edad me muestra la que ha recibido de su mujer. Él tampoco entiende nada de lo que le explica: «Podrás ir a trabajar al campo que se encuentra no lejos de casa. Contratan a mucha gente». Dado que su domicilio se encuentra en el barrio de Poble Nou de Barcelona, el campo en cuestión no es otro que el Camp de la Bota, donde tradicionalmente tienen lugar las ejecuciones de los condenados por los tribunales militares³².

No obstante, a pesar de ser muy común, esta no era la única forma de escapar de la censura. En las mismas memorias Lluís nos cuenta otro de los recursos: se trataba de escribir cartas en miniatura debajo del sello postal, de manera que el mensaje no era leído por los censores pero sí por los destinatarios de la misiva, conocedores de este viejo truco³³.

Como señalamos anteriormente estos mensajes entrelíneas u ocultos avisaban a los refugiados de cómo estaba siendo la represión en España, algo que ellos desconocían totalmente puesto que desde el gobierno francés siempre se incitaba a la repatriación de los exiliados prometiéndoles que no tenían nada que temer e incluso, en algunas ocasiones, llegando a coaccionarles para que volvieran a su país de origen³⁴. Por ello, el sueño de la mayor parte de los exiliados en Francia era conseguir reemigrar a otro país

³² MONTAGUT, L.: *Yo fui soldado de la República...op.cit.*, pp. 137-138.

³³ *Ibíd.*

³⁴ DREYFUS-ARMAND, G.: *El exilio de los republicanos españoles en Francia... op. cit.*, pp. 72-77.

que les ofreciera mayor libertad y oportunidades. De entre los países que acogieron a más refugiados españoles debemos destacar México, adonde llegaron, financiados, principalmente, a través del Servicio de Evacuación de los Republicanos españoles (SERE), aproximadamente entre 20.000 y 24.000 refugiados, pero esto es otra historia que se escapa del objetivo de estas páginas³⁵.

Sin embargo, los refugiados españoles no sólo utilizaron la carta como medio para comunicarse con sus conocidos, sino también como herramienta para pedir auxilio a las distintas organizaciones de ayuda existentes y creadas con el fin de socorrerles. Algunos internados fueron más allá y escribieron a cualquier dirección que encontraran en los periódicos solicitando libros, tabaco o simplemente una persona amiga con la que cartearse y hacer menos tediosas las largas horas de reclusión. Así lo hizo Arturo Morera, quién tuvo un exilio peculiar puesto que desde muy pronto ingresó en el Campo de Trabajadores *Coëtquidan* dónde fue nombrado traductor y escribiente del mismo. Allí pasó largas horas escribiendo y no sólo para los demás, sino también para él mismo:

(...) Escribí a mis parientes de Buenos Aires pidiéndoles ayuda para poder emigrar a la República Argentina, aunque nunca recibí su contestación. Escribí a la embajada de los Estados Unidos de América en París, ofreciéndome como voluntario para ingresar en las filas del ejército norteamericano (...) Escribí a la embajada del Perú en París pidiéndoles ayuda para emigrar a la nación de los Incas y ni me contestaron. Escribí también a muchas personas desconocidas, cuya dirección las sacaba de los anuncios económicos del periódico de Rennes "L'Ouest -Esclair". Tales personas eran muchachas que solicitaban empleo y yo les pedía que me enviaran novelas después de

³⁵ Para una mayor información sobre el exilio español en México véase PLA BRUGAT, D.: *Els exiliats catalans. Un estudio de la emigración republicana en México*, México D.F., INAH, 1999; MATEOS, A.: *La batalla de México. Final de la Guerra Civil y ayuda a los refugiados, 1939-1945*, Madrid, Alianza Editorial, 2009; y, DOMÍNGUEZ PRATS, D.: *De ciudadanas a exiliadas... op. cit.*; entre otros.

explicar mi situación y mis deseos de perfeccionar el conocimiento del idioma francés. Tuve la fortuna de ser atendido por algo más de media docena de francesas que me enviaron algunos libros, además de sus palabras de aliento para superar mi situación anómala³⁶.

El protagonista de estas líneas, Arturo Morera, utilizó su puesto de escribiente en el campo y, por tanto, su acceso a los instrumentos de escritura para establecer puentes con el mundo exterior a través de la misma. Esto le llevó no sólo a redactar peticiones o súplicas en las que solicitaba ayuda, sino también a intentar conocer gente nueva, a la que recurrir en algún momento y cuyas palabras le pudieran servir de consuelo. Con este ejemplo vemos cómo la carta en momentos de reclusión, se convierte en un nexo de unión con el mundo exterior estableciendo redes sociales de comunicación y de transmisión³⁷. El recurso a la escritura y a la lectura se transforma en una forma de supervivencia del individuo³⁸, siendo por esta razón por lo que los espacios de reclusión se convierten en verdaderos «universos de escritura»³⁹.

A lo largo de estas páginas hemos visto como los refugiados dieron tanta importancia a su correspondencia que dejaron cuidadosamente anotado en sus diarios cómo era la misma, cómo conseguían enviar cartas, qué estrategias siguieron para escapar de la censura, etc. En definitiva, los exiliados españoles dejaron en sus

³⁶ MORERA, A.: *Remembranza de los años pretéritos*, Memorias inéditas depositadas en el Arxiu de la Memoria Popular (La Roca del Vallés, Barcelona), p. 170.

³⁷ SIERRA BLAS, V.: «En espera de su bondad, compresión y piedad. Cartas de súplica en los centros de reclusión de la guerra y la posguerra españolas (1936-1945)», en CASTILLO GÓMEZ, A. (dir.) y SIERRA BLAS, V. (ed.): *Letras bajo sospecha: escritura y lectura en centros de internamiento*, Gijón, Trea, 2005, p. 170. Diversos autores dedicados al estudio de la correspondencia y la carta coinciden en la función comunicativa de la epístola, entre ellos destacamos a SALINAS, P.: *El defensor* Madrid, Alianza Editorial, 1983, p. 29. CASTILLO GÓMEZ, A.: *Entre la pluma y la pared. Una historia social de la escritura en los siglos deoros*, Madrid, Ediciones Akal, 2006, p. 19 y ESPERANZA BURGOS, N.: *La escritura epistolar*, Buenos Aires, Eudeba, 2006, p. 25; entre otros.

³⁸ Véase CASTILLO GÓMEZ, A.: «Escribir para no morir. La escritura en las cárceles...», art.cit., pp. 17-54.

³⁹ Cfr. SIERRA BLAS: «Al otro lado de las rejas. Correspondencia a los presos del centro penitenciario de el Dueso (Santander, 1936)», en CASTILLO GÓMEZ, A. y MONTERO, F. (dirs.): *Franquismo y memoria popular... op. cit.*, pp. 56-60.

autobiografías y memorias parte importante de lo que para ellos había significado el intercambio epistolar durante los duros meses de internamiento en los campos franceses, y estos datos son los que nos permiten reconstruir el uso que dieron a las cartas, muchas veces desaparecidas, esa escritura necesaria sin la cual su existencia hubiera sido mucho más complicada.